

Bases asociativas necesarias de la Iglesia

Por Manuel Lizcano Pellón

Cómo angustia a veces el corazón la idea de que la inmensa mayoría de la humanidad vive de espaldas a Dios, casi totalmente incomunicada con El; 'ignorante del plan enamorado que el Amor infinito desarrolla en cada uno de nosotros y en el conjunto caótico —que El gobierna hacia el bien— de nuestros dramas históricos y sociales.

Cómo oprime el sentimiento cristiano ver a tanta muchedumbre de gentes impenetrablemente cerradas a los altísimos misterios divinos que en cada existencia personal se reflejan; a los cuales vivimos adheridos; en los que se nos trasmite nuestra efectiva y cargadora participación en la naturaleza divina, nuestra filiación que nos hace poderosos príncipes del universo entero, y la vida eterna en esos mismos inefables misterios significados, que ha de ir llenándonos hasta rebosar.

¡Pobres multitudes de hombres y mujeres, metidos de lleno en turbión espeso, con su ingenua indiferencia siempre a cuestas, en todo este trágico y empavorecedor conflicto, como alarmante bramido de la tierra en región volcánica, con que Cristo disputa las almas inmortales, que van de camino hacia su reino, al espíritu materialista del mundo, hecho de la codicia, la fatuidad y el libertinaje con que la rebelión del hombre quiso y sigue queriendo destronar a Dios...

Cuando vemos nuestras calles del suburbio, tan entrañablemente monstruosas, o las soberbias avenidas centrales, abarrotadas con el tráfico vertiginoso de los transportes y la multitud caminante; los espectáculos donde comercian alegría las masas; el hacinamiento, la prisa y la vacía agitación interior de la vida habitual de millones de seres, obsesionados por afanes de humo que cada día se desvanecen, cuando no viene el dolor, de pronto, a traerles a la realidad noble y eterna donde el hombre se

encuentra al fin a sí mismo, ante esos mismos ojos paternos del bondadoso Dios a los que antes se obstinaba en no mirar nunca, no podemos abstraernos al pensamiento de que esas nubes de gentes, que invaden con la actividad portentosa de su hormiguero gigante la inmóvil geografía de las naciones, son mucho más de lo que acierta a ver el economista sin alma, el periodista mercenario, el jefe de partido, o el interesado preparador de los grandes fratricidios bélicos.

Se descubre algo infinitamente más valioso que ejercicios de productores de riqueza, aspirantes a fanáticos de partidismos políticos, o combatientes en potencia para morir sin más cualquier día por una idiota obsesión de circunstancias, si nos tomamos el trabajo de partir de una valoración certera y auténtica del hombre, que lo contemple afanoso y como dormido de continuo frente al rostro escrutador y apasionado de nuestro Padre Dios; en trance permanente de elevarse o renunciar a su único papel esencial en la vida, que es el de obrero voluntario en esa Ciudad del estupendo prodigio incesante —del banquete sin término a las suavísimas mesas de Dios—, bella hasta enloquecer de gozo y de éxtasis, que El va construyendo, para habitarla en nuestra unión eternamente, con la noble colaboración presente de nuestra libertad.

Dígasenos si no hay motivos para que cubra el corazón un sobreco-gimiento indecible, cuando se piensa en la indiferencia humana ante la desbordada torrentera del amor divino; en esta pasividad y resistencia nuestras para dedicarnos con amor a hacer todo lo que es bueno, que el Señor tiene que vencer en nosotros, sus hijos; en el escasísimo número de los que viven en estado de conciencia, y con firme decisión, en trance de ir dando cumplimiento a la voluntad de Dios que se consuma lentamente en nosotros, casi siempre a pesar nuestro; y eso quien no la destruye por completo, acarreando su interminable desgracia para cuando se le acabe el tiempo.

Dígasenos si no es para sentir escalofríos a la simple idea de que es en medio de tanta incomprensión, de tan grave hostilidad, como Dios —mientras escucha la ridícula letanía del coro de los respetables caballeros masones, de los ateos militantes y los materialistas históricos, repetir sesudamente a cualquier momento que Dios ha muerto ya en el curso de una Historia que, por estar llena de huellas de Dios hay que declarar supersticiosa y oscura, está alcanzando progresivamente su ideal de rodearse propia vida divina; raza de santos desarrollada a prueba de paciencia infinita, generación tras generación mientras dura el tiempo, y que no es otra que el que llama San Pablo misterio de Cristo: la Santa Iglesia.

Sólo a la luz de esta visión profunda podemos comprender el verdadero valor que encierra toda institución humana encargada de facilitar a los hombres, mediante la creación de ambientes naturales de convivencia, de colaboración o de amistad, su espontánea y racional realización del plan de Dios. El hombre aislado, perece. No es posible ordinariamente al hombre vivir en soledad, bajo ningún aspecto. En las condiciones de vida modernas, debemos atribuir muy en primer término la des-cristianización paulatina de las masas obreras, por ejemplo, a esta forzada reclusión espiritual en que se ha confinado al hombre de las deshumanizadas aglomeraciones proletarias, donde la industria capitalista tiene apiñados a su alcance los regimientos inmensos de operarios baratos de

que necesita abastecerse. Tales masas obreras, hombres y mujeres rebajados a presión hasta su ínfima posibilidad humana, hasta sus mínimas exigencias espirituales; puestos inermes a la disposición de los lucradores de su trabajo semiesclavo, tras la previa homogenización conseguida por el embrutecimiento colectivo en aplastantes condiciones de miseria y de incultura, participadas por igual por todos, hasta su saturación y degradada conformidad total, han podido hacerse infernal realidad sólo porque desde el principio esos millones de hombres y mujeres desgraciados carecieron de instituciones cristianas en las que asociarse y solidarizarse.

Ante semejante panorama de nuestra época, que nadie con experiencia de lo que hablamos podrá negarnos, hemos adquirido la evidencia de que estos medios asociativos hechos a la medida del hombre total —no sólo a la medida del hombre económico, como con grave error, que les ha acarreado su esterilidad o incluso su monstruosidad final, han hecho las organizaciones de clase de inspiración materialista y anticristiana—, habrían podido evitar este formidable ultraje social que desde hace siglo y medio se viene consumando contra la dignidad sobrecogedora de los hombres del trabajo, hijos de Dios llamados a la eterna intimidad y a participar en la fantástica realeza del Dios tres veces santo que misteriosamente habita en nuestros cuerpos.

Pero el problema, formulado ante nuestra responsabilidad concreta, personal y de generación, es: ¿cómo será posible acometer ahora la gran obra, de la cual la humanidad, intuyéndolo fuertemente, pero sin terminar de comprenderlo, vive pendiente; la obra de elevar y dignificar al hombre hasta la plenitud de sus posibilidades personales de perfeccionamiento comunitario en la humanidad?

Existen, a nuestro entender, dos caminos simultáneos e independientes a seguir: uno, partiendo del interior de cada hombre, de lo espiritual y eterno que hay en todos; el otro, desde lo material y temporal que hay en el hombre y fuera de él, en sus necesidades y circunstancias materiales concretas, políticas, sociales, culturales y económicas. Ambos caminos a su vez exigen las correspondientes fórmulas sociales de realización, que den lugar, ateniéndonos a esa medida de nuestra verdadera grandeza que supone nuestro destino inmortal, y al servicio de este objetivo inmediato de ennoblecer al hombre que vemos necesario, a la creación de verdaderos ambientes cristianos espontáneos, tales que en ellos la persona humana pueda expansionar, sin quedar expuesta a la coacción del escarnio del cínico, que a tantos arredra, o a la brutal agresión de los soberbios, sus mejores estímulos o sus sentimientos más nobles; e incluso sentirse participe con otros de un ideal desinteresado, fraterno y solidario, capaz de arrastrar hoy mismo continentes enteros al servicio común de la humanidad y de Dios nuestro Padre.

Decimos que este objetivo es necesario acometerlo simultáneamente en las dos formas esenciales posibles de acción humana colectiva: espiritual y temporal, realizadas en otros tantos modos fundamentales de asociación. Asociaciones, pues, de una parte, que eduquen y estimulen al hombre para la santidad, para la consiguiente convivencia en caridad fraterna, para alcanzar el pleno desarrollo espiritual de su personalidad. Asociaciones, después, que eduquen y estimulen al mismo hombre hacia la

plenitud de sus posibilidades de cultura y felicidad y para el inteligente y libre ejercicio de su libertad ciudadana en la gestión colectiva del bien del pueblo. Porque estos son, a nuestro entender, y creyendo interpretar con ello fielmente el deseo formulado en la enseñanza del Santo Padre, los dos tipos de asociación que nos hemos de esforzar hoy en promover los cristianos los dos géneros básicos de asociación que la sociedad moderna precisa apremiantemente que promovamos en su seno los cristianos, si hemos de poderla ir haciendo por dentro, cada vez más sólidamente, reino del Evangelio de Cristo.

Reduciéndonos, del modo que ahora nos hemos propuesto limitarnos al primero de ambos tipos básicos de asociación cristiana, el ánimo objetivo ve con facilidad qué pavoroso daño ha infligido a los humildes sectores mayoritarios de la sociedad industrial capitalista, y por consecuencia al conjunto total de la humanidad, la carencia de esas asociaciones populares encaminadas a conseguir su perfecto cultivo espiritual. Este panorama público y moral de nuestra época, laicista, degenerado, levantisco o despectivo frente a un Dios del que en muy diversas formas blasfeman las costumbres y principios visibles del orden social reinante, es la gran hazaña demoníaca; la obra del infernal engaño que han venido llevando a cabo las sectas anticristianas, y más todavía la corrupción general durante dos siglos, en acción tenaz orientada con preferencia a destruir los muros de las instituciones cristianas.

Esa desgracia irreparable que nos acarreó el hecho de no disponer en los tiempos modernos la Iglesia, cruelmente desmantelada, de sus instituciones sociales, quizás se debe a que éstas adolecieron en su tiempo de excesivo mimetismo temporal. El caso es que desde la caída del antiguo régimen hasta fechas bien recientes, incluso hoy día en situaciones que mantienen su intolerancia interna aunque exteriormente adopten ocasionales fórmulas de confesionalidad ventajosa, carecemos de ambientes seglares bien enraizados en la vida familiar, profesional o recreativa, atractivos y abiertos para el hombre y la mujer medios actuales, en los que hubieran podido nutrirse con toda normalidad de espiritualidad cristiana, de vida divina abundante y de criterio santificador para la resolución de sus problemas prácticos. Ello nos permite ver con claridad el gran papel que en nuestros días están llamadas a desempeñar semejantes instituciones comunitarias, brotadas de la calle por la acción de apostolado de los militantes católicos, e injertadas y acogidas después, respetando e nlo que sea natural su autonomía orgánica, en el cuerpo vivificante y amplio de la Iglesia, con el exclusivo afán de formar humana y evangélicamente al pueblo.

Presupuesta la interior acción, desembaraza de obstáculos, del divino Espíritu en las almas de quienes se consagren al servicio de la Iglesia promoviendo con su actividad tales obras, de manera que no sea la capacidad humana, sino el poder de Dios, quien pueda actuar a través de ellos, así como su fidelidad a la Iglesia hasta la muerte: ¿quien podrá calcular los frutos de gloria de Dios, los prodigios de transformación interior de los corazones, el número y la reciedumbre de los santos que para el reino de Dios pueden florecer en cuantas repercusiones, a su vez también ennoblecedoras del hombre, puedan originarse de esas nuevas formas de convivencia evangélica, adaptadas a las particularidades psicoló-

gicas y sociológicas de nuestro tiempo; orientadas lo mismo al adiestramiento sobrenatural de minorías que a la cristiana educación del pueblo; a la acción en regiones descristianizadas de arrabal o rurales, que a la conquista evangélica en países de misión, o a mantener firmes los cimientos de la Iglesia futura en tiempos de martirio?

Piénsese en la lógica repercusión social que tiene por producir esta corriente de vigorización espiritual del pueblo, destinada a actuar precisamente sobre las células orgánicas primarias de la sociedad. ¿No ha de suponer este enérgico reactivo cristiano aplicado a la existencia misma de los individuos y las familias, al ir consiguiendo su progresiva elevación moral y espiritual, un factor constructivo de incalculable importancia, que proyecte su influencia benéfica en extremo a todo los sectores de la vida pública? ¿Qué mayor siembra de paz, de cordura, de afán constructivo, de sentimientos justos, de ideas claras y de caracteres íntegros que el que pueda aportar este asentamiento de colonos inmortales en las tierras feraces del reino de Cristo?

Un movimiento espiritual que opere sobre los hogares primero, restableciendo su ordenada y amorosa relación de dependencia con el Creador que nos ama y nos llama; capacitándolos para que por sí mismos —siempre en la medida en que alcance la propia madurez humana, y contando desde luego con todas las ayudas exteriores supletorias, estatales y religiosas, que precisen—, sean luego esos propios hogares, ya vitalmente cristianos, los que se encarguen de forjar la hombría de bien, humana, cívica y profesional, y la sobrenatural dignidad de sus hijos, supondría para la sociedad civil, aunque ese movimiento no tenga por qué proponérselo expresamente, la solución más perfecta a los graves problemas que la aquejan.

Bueno será que adelantemos a este respecto, que al hablar de esa solución o ayuda subsidiaria de la Iglesia a los problemas de la sociedad temporal, no hablamos ciertamente de soluciones al servicio de este o de aquel régimen o partido. Debemos recordar que la Iglesia hace el bien de los pueblos, precisamente a condición de mantenerse en esa altura eminente que por su misión sagrada le corresponde, y de no descender jamás al terreno de las querellas y disensiones, casi siempre legítimas en principio, que entre las diversas tendencias políticas se suscitan.

Lo que la Iglesia, los católicos en cuanto Iglesia, podemos aportar a nuestra sociedad de más sólido y eficaz, es sólo esto: la fuerza ingente de la caridad que da lugar a realizaciones tangibles, en las que se manifiesta la genial potencia creadora del espíritu cristiano. Lo demás, lo que es confusión de soluciones temporales y religiosas a los problemas del hombre, sin esclarecer con sabiduría lo que corresponde al César y a Dios; eso que pudo ser en fechas relativamente próximas expediente o parapeto improvisado, cuando las primeras horas de la reacción social del catolicismo desplazado de toda la vida moderna frente a una organización y un ambiente públicos saturados de laicismo, es sólo a estas alturas ruido y basura; puro mimetismo esterilizador de los católicos; asombrados con excesiva facilidad ante el éxito aparente de los medios de acción social ingenieros por sus enemigos, o aprovechados sencillamente por éstos, con innegable habilidad, en el momento de brotar como necesidad espontánea ante los nuevos problemas de la convivencia humana. De esto hemos de

tratar: que las nuevas formas colectivas necesarias por ley de naturaleza o por ley histórica y que están a punto de brotar, estamos los cristianos en condiciones de domarlas y transformarlas desde el comienzo mismo de la edad que se inicia, a la que nos cabe la responsabilidad de hacerla, por encima de una mera configuración cultural, sociológica e histórica, edad de Jesús.

Ahora bien: para eso; para ir haciendo nacer en la urdimbre más elemental de un pueblo generaciones de cristianos, que sean a un mismo tiempo ciudadanos cultos, éticamente insobornables, solidarizados con cuanto de noble, de admirable o digno, de defendible y justo exista, sin necesidad de mayor encarecimiento que el de existir, en la realidad social; para poner de una vez los cimientos incommovibles de esa sociedad nueva, justa y fraterna, sin explotadores, sin ignorantes, ni miserables, ni esclavos, a la que todo tiende hoy, pero tan confusamente todavía, porque faltan por doquier los hombres capaces de estructurar ese prodigioso esfuerzo sin ceder a la tentación de envilecerlo en su personal servicio; para arrojar hombres nuevos y enteros al torrente de la vida, en la confianza de que nadie los quiebre ni los arrastre, no dudamos de que la formidable aportación educadora de la humanidad que la Iglesia puede llevar a cabo, a través de este movimiento de espiritualidad seglar cuyos trazos quisiéramos ir bosquejando entre todos, y especialmente en el terreno experimental, será la fundamental energía que pueda traer al terreno de lo temporal el injerto rejuvenecedor de las vigorosas células sociales, personales y familiares, puestas exclusivamente al servicio del bien en la vida, que necesita la humanidad de nuestro tiempo.

